

tirse, cuanto que los dos organizadores, religiosos, que tienen en su apoyo dos respetabilísimas órdenes religiosas, deben estar perfectamente capacitados para llevar a feliz término tamaña empresa. Además a ese Congreso han asistido beneméritos sacerdotes de otras muy respetables órdenes y congregaciones religiosas, amén de muy esclarecidos sacerdotes, honra del clero parroquial y catedral, y, por consiguiente, no es posible que a todos los supongamos tan desconocedores del asunto de que había de tratar el Congreso, que pueda con razón hacerse el resumen que acabamos de leer del M. I. Sr. Deán de Fortosa.

Considerando ésta aparente ignorancia del espíritu montfortiano, que debía formar el suave ambiente en que vivieran los congresistas en Barcelona, nos atrevemos a recordar, como indicio que nos puede llevar a la más satisfactoria explicación de esa especie de mutismo habido en el Congreso de que tratamos, estas palabras del Beato Luis María Grignon de Montfort: «Preveo que saldrán fieras espantosas que enfurecidas intentarán destruir este humilde escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para escribirle, o a lo menos esconderle en las tinieblas y el silencio de un cofre, a fin de que no aparezca; y hasta atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que le lean y le pongan en práctica.» ¿Será mucho aventurar si decimos que esas mismas fieras, que escondieron en efecto el libro del Bto. Luís más de un siglo, procuran ahora, por todos los medios posibles, que el aroma divinamente embriagador que en él se respira se disipe por miles causas y pretextos, que hasta sean tenidas por muy dignas de ser tomadas en cuenta por doctos y piadosos? Mas nosotros, aun suponiendo que así fuese, nos sentiremos siempre animados por las palabras del Beato Luis que continúa las anteriores diciendo: «Pero no importa. ¡Mejor todavía! Esto mismo me alienta y hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo que combatirán al mundo al demonio y a la naturaleza corrompida, en los tiempos de peligro que han de venir como jamás los hemos